

Reseñas

BENNETT, Andy y HODKINSON, Paul (eds): *Ageing and Youth Cultures. Music, Style and Identity*. London y New York, Berg, 2012, 196 pp.

Desde la llamada explosión del rock ‘n’ roll a mediados de los años cincuenta, el análisis de la música popular ha estado íntimamente vinculado a las culturas juveniles (en oposición al establishment “adulto”), la sociedad de consumo y las formas de apropiación cotidianas por parte de adolescentes. La emergencia y extensión del género conjugó una gran rentabilidad económica para la industria discográfica –que vendía música de origen afroamericano a un público amplio, de juventud ociosa y capacidad adquisitiva– con un carácter rebelde y contestatario que amenazó al conservadurismo de la sociedad norteamericana del momento, en la que la juventud –con sus correspondientes cambios de valores, hábitos y apariencia– apareció como una metáfora de cambio social.

En los años sesenta, el rock ‘n’ roll empezó a apropiarse e hibridarse en Gran Bretaña, donde emergió una ola de grupos de audiencia masiva en torno a los cuales se acentuaron las interpretaciones sobre culturas juveniles, procesos identitarios de unión y diferenciación, y capacidad de resistencia y oposición al sistema. En ese contexto, autores vinculados a los estudios culturales como Hall, Willis, Hedbig McRobbie y Frith sentarían las bases de perspectivas que hasta hace pocos años han dominado los análisis sobre música popular: “culturas juveniles” y “subculturas” ligadas a rituales, estilos, representaciones, etc. Partiendo de esta misma tradición, la presente obra colectiva supone un intento aperturista por superar sus límites. Adoptando la perspectiva de “escenas musicales” (que Bennett ha tratado de categorizar) como universo de acción en torno a géneros, estilos y prácticas musicales, *Ageing Youth Cultures. Music, Style and Identity* mantiene el foco de interés en las mismas cuestiones pero introduce el envejecimiento de los participantes como variable fundamental.

El libro, que presenta doce investigaciones etnográficas (basadas generalmente en entrevistas y observación participante), está dividido en cuatro apartados: “Envejecimiento, imagen e identidad”, “Restricciones del cuerpo envejecido”, “Recursos y responsabilidad” y “Comunidades envejecidas”. Ofrece un mosaico variado de contextos ligados a diversas escenas (rock, queer, rave, punk, alternativa...) donde los autores analizan las negociaciones emprendidas, como consecuencia de *hacerse mayor*, en las formas de participación subcultural. En este sentido, el punto de partida es cuestionar la correspondencia y limitación de edad (predominantemente adolescentes y veinteañeros) que tanto los estudios culturales como la teoría post-subcultural han compartido, según los editores, al categorizar las culturas juveniles.

Basan su crítica en dos ideas fundamentales. Primero, en la diversidad, complejidad y longevidad de la juventud, así como la erosión de las fronteras entre adolescencia y edad adulta. Segundo, en el carácter multigeneracional de las culturas juveniles en el contexto contemporáneo. No obstante, este ejercicio supone, más que una superación del concepto, una ambigua ampliación del mismo. Los autores creen que la esfera de la música popular,

que caracterizan por la progresión de géneros fundamentalmente dirigidos a, consumidos por y desarrollados entre jóvenes, continúa siendo territorio “dominado” por la juventud.

El conjunto de investigaciones plantea, discute y ejemplifica que, de hecho, la participación en escenas tiende a continuar con los años, si bien evoluciona hacia prácticas diversas, desarrolla nuevos roles, cambios de posición y reuniones rituales, ilustrando la complejidad de las escenas musicales. En estos procesos entran en juego dos dimensiones fundamentales: las exigencias y responsabilidades de la edad adulta (derivadas del trabajo, la familia, y el envejecimiento físico); y las exigencias, lógicas de participación y valoraciones de la veteranía en cada escena particular. Por ejemplo, mientras la participación continuada en *raves* aparece como incompatible con las responsabilidades y cuerpos femeninos adultos, en el hip hop los *b-boys* más mayores, que acumulan experiencia conocimientos, son respetados y desarrollan nuevos roles como entrenar a nuevas generaciones.

A nivel general, la colección no ofrece un modelo normativo sino más bien una variedad de estrategias de negociación posibles (discursivas y prácticas) para mantener conexiones culturales y estéticas desarrolladas en la etapa de juventud. Entre los temas planteados para desarrollar, sobresale la idea de que la continuación del gusto entre “la población que envejece” obedece, más que a una especie de patología social donde el sujeto se niega a crecer, a una transformación simbólica de estilos de vida y consumo en formas de apropiación cultural, a través de las cuales se articulan las identidades en la cotidianidad contemporánea. Como ejemplo, sirve la tendencia a reducir, en distintos grados, el uso de signos subculturales y asimilar los valores de cierto estilo en la propia personalidad o actitud.

Proponiendo la participación adulta en culturas juveniles (musicales y de estilo) como un tema emergente, la obra contribuye exitosamente a ampliar el espectro del estudio de la música popular y su vinculación con las culturas juveniles y las escenas musicales, así como su relación con cuestiones corporales, de género y de organización social contemporánea. Además, el libro contribuye a afianzar la etnografía como enfoque metodológico fundamental en las ciencias sociales y en el estudio de la música popular, donde sus hallazgos y relatos en distintos territorios pueden ser comparados para construir un campo de estudio más inclusivo, basado en el estudio empírico.

No obstante, debemos señalar que este trabajo necesario de actualización llega con un notable retraso con respecto a la evolución real de las escenas, cuyo carácter multigeneracional no resulta tan novedoso. Además, continúa promoviendo un enfoque de la música popular con limitaciones destacables. Por una parte, se echa en falta un cuestionamiento más profundo de las “culturas juveniles”, que sea capaz de mirar hacia escenas que no manifiestan signos subculturales tan espectaculares o fácilmente identificables. Por otra, retomando una crítica habitual a los estudios sociológicos, el libro da un papel secundario a la música y no alcanza a discutirla en detalle como forma de expresión y comunicación, recordando así las separaciones disciplinares y los retos que la música popular, como campo de estudio específico, debe afrontar.

Josep PEDRO